

Pero en cambio, se complacia tanto en él el Salvador, que muy á menudo se le aparecia acompañado de su Madre Santísima, ó le enviaba sus ángeles, para que lo consolasen y le sirvieran. Estos favores, unidos á aquella fe viva, y á la ardiente caridad que o abrasaba, le obligaban á decir continuamente estas palabras: *Es tan grande el bien que espero poseer, que toda pena, por lograrlo, paréceme un placer.*

MÁXIMAS.

Si queremos ser un objeto de complacencia al Corazon de Jesus, nos hemos de resolver á no hacer ni decir, ni pensar nada, que no sea para agradarle, proponiendo ofrecerle, cada dia y cada hora, todas nuestras acciones, de manera que nada hagamos, que no sea por su amor; así cumpliremos el precepto del Apóstol, que dice: «Si comeis, ó si bebeis, ó hacéis cualquiera otra cosa, hacedlo todo á gloria de Dios ¹; hacedlo en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, dando gracias por él á Dios Padre» ². Esto será la prueba del amor que tenemos á Jesus, el cual consiste en obedecerle ³.

AFECTOS.

O Dios mio, vos me amais para que yo os ame, porque sabeis que es dichoso quien tiene vuestro amor. Y, ¿qué soy yo, Dios mio, para que me mandeis amaros, enojándoos, si no lo hiciere? ⁴ Confieso,

¹ Corint. 1.^a cap. 10, v. 31. ² Colos. cap. 3, v. 17.

³ Hoc est amor, obedire ei, qui diligitur. (Chrysost. hom. 74 in Joan.)

⁴ August. lib. 1 Confes., cap. 5.

ó buen Jesus, que siempre he sido frio en amaros; dignaos auxiliarme y encenderme del todo en vuestro afecto, para que el mio se dirija á vuestro Corazon ¹.

Padre nuestro, etc., *como el primer dia.*

DIA IX.

Todo se dice como el primer dia, hasta la siguiente

MEDITACION.

HUMILDAD DEL CORAZON DE JESUS.

PUNTO PRIMERO. Era el orgullo el que precipitara del cielo á los ángeles, y arrojara del paraíso al hombre, quedando cerrada para siempre la entrada de la eterna bienaventuranza á los primeros, y siendo el segundo condenado á los dolores del tiempo y á las penas de la eternidad. Y hubiera sido irremisible el anatema contra el linage humano, á no haberse conmovido misericordiosamente las entrañas del Señor, que no quiso permitir que, por la malicia de un espíritu, quedasen frustrados los designios de amor, que tuviera desde la eternidad respecto del hombre. Porque, ya que este con altivez habia intentado poseer lo que Dios no le daba, perdiendo por su arrogancia lo que graciosamente le habia concedido, tuvo el mismo Señor la bondad de decretar, que fuese el género humano reintegrado

¹ Idiota cont. divin. Amor. cap. 1.

por la humildad de su Hijo, en cuanto habia perdido por la soberbia de su primer padre; para lo cual le dió en aquel un Redentor, y un maestro y ejemplar, en cuya escuela aprendiese el hombre á ser humilde ¹.

Manifestóse en efecto á todos los hombres la gracia de Dios nuestro Salvador, enseñándonos á que, renunciando á la impiedad y á los deseos del siglo, vivamos piadosa y santamente ². Es imposible dar una mirada sincera á este modelo, sin descubrir al momento el gran tesoro de humildad, que hay en su Corazon divino; porque si bien el Hijo de Dios hecho hombre ejerce todas las virtudes de una manera admirable, la humildad sobresale entre todas, como aquella que es el fundamento de la redencion: la cual ha de ser tambien, en cuantos lo imiten, el principio de su salud eterna, pues Dios vivifica al espíritu humillado y contrito ³, confunde al soberbio, y da gracia á los humildes ⁴.

El primer instante de la carrera mortal de este Dios es de tanta humildad, que escede á cuanto pueden comprender todas las inteligencias criadas, no habiéndolo podido explicar la lengua humana, sino diciendo que el que esencialmente era igual á Dios, se anonadó tomando forma de siervo, y haciéndose hombre ⁵. El Inmenso, que no cabe en el firmamento, se reduce á la estrechez de un cuerpo infantil; el Eterno empieza á contar los dias de su existencia en la tierra, y á preparar su cerviz al golpe de la implacable guadaña, que, andando el

¹ S. Gregor. M. lib. 34 Moral. cap. 17.

² Tit. cap. 2, v. 11.

³ Isai. cap. 57, v. 15.

⁴ 1.^a Petr. cap. 5, v. 6.

⁵ Philip. cap. 2, v. 2.

tiempo, vendria á caer sobre ella. La sabiduría de Dios balbucea como un niño, aparece ignorante, se somete al sello del pecador, y entra en el mundo con esta marca exterior de proscricion y anatema. ¡O humildad que llena de estupor á los ángeles! Y si tan grande es, cuando el Hijo del Altísimo es introducido en el mundo entre los homenajes de adoracion, que todos los ángeles por orden de su Padre le rinden humillados ¹, ¿cuánta no será, cuando al consumir su sacrificio, espire en una cruz entre las maldiciones de la ley, los insultos de los hombres y la invisible algazara de los espíritus infernales, que se complacen en sus agonías? ²

El Profeta contemplara este espectáculo, y quedó tan asombrado, que tomando la palabra á nombre de esta víctima, dijo que, lejos de creerse hombre, como todos los demás, se tenia por gusano vil, oprobio de los hombres, y hez y desecho de la plebe ³. Tan humillada quedó la hermosura infinita, que parece que llegó á esconderse en un ocaso tenebroso; de tal modo, que ni aun se la creyera digna de que se la mirase, como si fuera un leproso; ó un facineroso herido por Dios, y humillado por su mano omnipotente ⁴. ¿Quién puede calcular la grandeza de una humildad, que empieza por anonadarse y concluye entre un océano de afrentas? O alma mia, cree, adora y ama; la humildad del Corazon de Jesus es un misterio profundo, que es preciso creer, mas no in-

¹ Hebr. cap. 1, v. 6.

² Dum milites Jesum... illudunt, puto fecisse, operantibus invisibilibus Regibus et Principibus hujus sæculi, qui astiterunt adversus Dominum. (Origen. in Mat. 17.)

³ Psal. 21, v. 7.

⁴ Isai. cap. 53, vv. 3, 4.

vestigar, para comprenderlo: es la humildad de Dios, á quien debes adorar; es la humildad que te ha salvado del infierno, y estás obligada á corresponderla con amor. ¡O humildísimo Corazon de Jesus! dadme vuestro amor y vuestra humildad, para conocer mis culpas y llorarlas, para conoceros á vos y sacrificar-me por vuestra gloria.

PUNTO SEGUNDO. Ya que no podemos medir la extension de la humildad del Corazon de Jesus, hemos de fijar nuestra atencion en el modo con que la practica. Jesus se humilla en presencia de su Padre, á quien ama, á quien adora y á cuya voluntad se somete ¹, y se humilla tambien ante los hombres, á quienes obedece y sirve, á quienes enseña, por quienes se sacrifica y padece, no dudando descender hasta el extremo de ser tenido por fátuo y dementado, de pasar por necio y loco, de ser convertido en ludibrio y entremes de un pueblo soez y de una soldadesca feroz, y de servir de entretenimiento y burla á una turba desenfrenada, sin que se note en su rostro venerable la mas leve señal de enfado, ni pronuncien sus labios una sola palabra de desden ó de queja, no obstante que se halla su Corazon oprimido por la mas violenta tempestad del dolor.

La humildad del Corazon de Jesus tiene dos objetos, uno aplacar á su Padre, enojado por la soberbia humana, y otro atraer á sí con suavidad nuestros corazones altivos. Porque, ¡ah! ¿qué adelantábamos nosotros con que la humildad de Jesus recuperase lo que se habia perdido por el orgullo, si no queríamos seguir sus máximas, siendo humildes á su ejemplo? Por eso, estando el Corazon de Jesus

¹ Joan. cap. 8, v. 29.

rebosando en sentimientos de humildad, todas las palabras que salen de sus labios, son la expresion de estos sentimientos, y la suma del magisterio divino que ejerce entre los hombres, de quienes no exige que aprendan de él mas que á ser humildes de corazon ¹. Mas estas lecciones de humildad son tambien el suave aroma, que despide la víctima augusta; la cual, al aplacar al cielo con sus humillaciones infinitas, atrae á sí los corazones por el olor de sus perfumes, enseñando á los pecadores á humillarse, para que sean ensalzados.

¿Con cuánta razon nos manda Jesus que nos humillemos como él? Jesus nos dice que si hemos de entrar en los cielos, nos hemos de volver como niños ², porque él, siendo el dominador de los ángeles, se ha hecho por un poco tiempo inferior á ellos ³; y á pesar de ser la sabiduría del Padre, se ha sujetado á hablar y hacer, como él le mostró ⁴. Jesus nos enseña que para poseer la bienaventuranza, hemos de ser pobres de espíritu ⁵, y para alcanzar la gracia del perdon, hemos de humillarnos hasta el polvo: porque él, que es la inocencia por esencia, habiendo tomado sobre sus hombros nuestros pecados, los ha llorado con corazon contrito y humillado, doliéndose él por las culpas, ajenas con mas intensidad que todos los pecadores del mundo juntos pudieran hacerlo por las propias. Jesus prescribe á sus discípulos que, si ejercieren alguna vez el principado, deben ser tan humildes, que se reputen y tengan por siervos de todos, porque él, siendo el Rey inmortal de

¹ Matth. cap. 11, v. 29.

² Matth. cap. 18, v. 3.

³ Hebr. cap. 2, v. 9.

⁴ Joan. cap. 8, v. 28.

⁵ Matth. cap. 5, v. 4.

los siglos, se hizo el último de los hombres ¹, inclinándose hasta la tierra para lavar los pies de un traidor, humillándose hasta recibir su ósculo alevé, y anonadándose hasta darle el tratamiento de amigo ².

Fijemos por tanto nuestra consideracion en la humildad del Corazon de Jesus, para no aventurar nuestra felicidad eterna. Si para ganarnos un bien infinito, fue preciso que Jesus se anonadase, no es posible que alcance la posesion de este bien, quien no se humille á su ejemplo. ¡Ah! Toda la vida de Jesus fue una humillacion continua, con la cual nos conciliaba el amor de su Padre, y nos convidaba á deponer la presuncion, la arrogancia, el orgullo y la soberbia de la carne, y á humillarnos bajo la mano poderosa de Dios, reconociendo que somos polvo, ceniza y nada, y que sin su gracia no podemos salir del estado de la culpa, y ganar el cielo. Comprenderemos, pues, que no se va á Cristo, sino por Cristo, y que no llegará á él, sino quien marche por la senda de la humildad ³.

MÁXIMAS.

El Príncipe de los apóstoles, entre los documentos que da á toda la Iglesia, que Jesucristo le habia encomendado, señala principalmente la necesidad de la humildad; porque Dios, dice, da la gracia á los

¹ Novissimum virorum. (Isai. cap. 53, v. 3.)

² Amice, quid venisti? (Matth. 26, 50.)

³ Ad ipsum tendit, qui per semitam humilitatis incedit. (S. Leo, Serm. 16 de Passion.)

humildes, y resiste á los orgullosos ¹. Así vemos que todos los santos eran tan humildes, que, aun aquellos que no habian siquiera perdido la gracia primera, se admiraban de ver cómo la tierra los sostenia, reputándose por indignos de contarse entre los vivientes. La gran maestra de espíritu, Santa Teresa de Jesus, se creia la mayor pecadora del mundo, y decia: *Que cuando recibia gracias singulares, se la figuraba que Dios hacia con ella lo que un arquitecto ejecuta con una casa vieja, que la sostiene á fuerza de puntales, para que no se venga á tierra.*

PROPÓSITOS.

Si los santos, estando adornados de tantas virtudes, se tenian por pecadores siendo justos, nosotros, que con tanta malicia hemos faltado á la ley de Dios, hemos de pensar que, habiendo merecido mil veces el infierno, y estando aún en vida, nos hemos de humillar incesantemente, diciendo con el publicano: ¡O Dios, tened piedad de este pobre pecador! Si cada dia lloramos nuestras culpas, tenemos motivos para esperar ir al cielo: porque el que se humilla, será ensalzado ².

AFECTOS.

O dulcísimo Jesus, confieso que he pecado, y por eso vos habeis humillado mi altivez; pero yo os agradezco la correccion, pues así aprenderé vuestras

¹ 1.^a Petri, cap. 5, v. 6.

² Luc. cap. 10, v. 14.

justificaciones. *Arrojad de mí, ó Dios mio, la jactancia del espíritu, y aumentad la compuncion del corazon: disminuid mi soberbia, é inspiradme la verdadera humildad* ¹.

Padre nuestro, etc., *como el primer dia.*

DIA X.

Todo se dirá como el primer dia, hasta la siguiente

MEDITACION.

MANSEDUMBRE DEL CORAZON DE JESUS.

PUNTO PRIMERO. Era tan conocida de los profetas la mansedumbre que habia de caracterizar al Hijo de Dios hecho hombre, que, deseando explicarla por medio de algun objeto sensible, dieron á este Hijo de Dios el nombre de Cordero dominador de la tierra, pidiendo á su Padre que lo enviase cuanto antes para consuelo de los hombres ². Y no parece sino que él mismo se complace en ser llamado con este nombre, pues cuando empezaba á manifestarse al mundo, quiso que su precursor lo anunciase al pueblo, mostrándolo con el dedo, y diciendo en alta voz: He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo ³.

Esperaba á este Rey la hija de Sion, y se la dice que se alegre, se regocije y cante, porque ha de ve-

¹ S. August. Medit. cap. 40. ² Isai. cap. 16, v. 1.

³ Joan. cap. 1, v. 29.

nir para ella este Salvador, pobre y mansísimo ⁴. Su condicion ha de ser tan apacible, que por ello tendrá en él todas sus complacencias su divino Padre; porque no voceará, ni se oirá de afuera el sonido de su voz, ni quebrará la caña ya cascada, ni apagará la estopa que humea, ni será triste ni turbulento, mientras establezca la justicia en la tierra ⁵. Habian de conjurarse contra él los malos, descargando sobre él ultrages y tormentos, para saber su naturaleza y probar su mansedumbre ⁶; mas él no abriría su boca, como oveja que es llevada al matadero, y como cordero delante del que lo trasquila ⁴.

De toda esta mansedumbre habia de estar revestido aquel Corazon, que se presentaba al mundo como modelo, para que lo imitase, si queria salvarse. Tenia este el candor por estupidez, y la mansedumbre por cobardía, no sabiendo recibir un mal, sin devolverlo duplicado, ni pudiendo sufrir una injuria, sin desplegar todas sus fuerzas para vengarla. Mas Jesus mostraria su Corazon suavísimo, para que aprendiésemos á mirar con indiferencia los menosprecios, pagando odio con amor, y mal con bien ⁵, parando la mejilla izquierda á quien nos hiriere en la derecha, sufriendo una injuria despues de otra, y portándonos como corderos, cuando los enemigos de la verdad, como lobos encarnizados, se arrojen sobre nosotros para devorarnos ⁶.

Y era esta mansedumbre la que haria que los

¹ Zacar. cap. 9, v. 9.

² Isai. cap. 42, vv. 2, 3, 4.

³ Sap. cap. 2, v. 19.

⁴ Isai. cap. 53, v. 7.

⁵ Matth. cap. 5, v. 44.

⁶ Ecce ego mitto vos sicut agnos in medio luporum.
(Matth. cap. 10, v. 16.)

corazones de los hombres se rindiesen á aquel, que venia á vencer, no con el hierro, sino con la Cruz. ¡Ah! ¿Quién habia de sospechar, que el niño que yace en un establo, es el Rey de los siglos, cuando, por todo fausto de su eterna soberanía, se contenta con la pobreza de un pesebre? ¿Quién pudiera imaginarse que, el que se confunde entre la turba, para ser bautizado en las aguas del Jordan, y recorre las playas de Tiberiades en traje pobre y abyecto, es el árbitro de los destinos mundanos, y el que pesa en su balanza á los monarcas altivos? Sin embargo, este Príncipe humilde y sencillo es reconocido, como enviado celestial y Salvador por los pastores; como Dios y como Rey por los magos de Oriente, y como maestro y Redentor por los discípulos.

¡Ah! Si el magisterio de humildad y mansedumbre de corazón, con que Jesus se presenta en el mundo, es sobre manera admirable por sí mismo, el fin á que tiende y que Jesus se propone, excede toda ponderación, pues mira principalmente á la muerte de cruz, en la cual ha de dar el precio de nuestro rescate. Para ser crucificado, era preciso preparar el suplicio con los menosprecios; y para ser objeto de menosprecio á los hombres malos y perversos, era necesario entrar en el mundo con humildad y vivir sin gloria ¹. ¡O gradación propia de la Sabiduría eterna! La humildad de Jesus le acarrea el menosprecio: la mansedumbre del Cordero de Dios escita el furor de los malvados, y al hacerlo sucumbir víctima de su rabia infernal, el cielo es aplacado, el hombre rescatado y el demonio confundido. He ahí nuestro modelo: la humildad tiene los mismos gra-

¹ August. Tract. 4 in Joan.

dos que el amor de Dios: para subir en este, es necesario ir bajando cada vez mas en el conocimiento de nuestra miseria. Descendamos cada día al abismo de nuestra pequeñez, y así entenderemos cuánto nos ha amado Jesucristo.

PUNTO SEGUNDO. Cuánta sea la mansedumbre de Jesus, no lo conoceremos tan solo por sus palabras, sino tambien por las pruebas que nos da en su trato y conversacion con los hombres. Está rodeado de sus discípulos, que son sus amigos; pero son rudos, ignorantes y groseros, que no entienden fácilmente su doctrina, que aspiran á glorias mundanas, y ambicionan principado terreno, no faltando uno, que intente disuadirlo de sus propósitos de dar la vida en Jerusalén ¹, y otro que, incrédulo desde el principio, tenga el corazón ocupado en proyectos diabólicos ². Síguelo tambien por todas partes unos enemigos perversos, astutos y mal intencionados, que no se acercan á Jesus, sino para tentarlo; ni oyen su palabra, mas que para armarle lazos, persiguiéndolo, calumniándolo, é intentando despeñarlo, apedrearlo y echarle mano para matarlo.

¿Será posible que en una alternativa tan continua y varia, que no cesa por espacio de tres años y medio, no se altere en Jesus aquella mansedumbre pacífica, con que acoge á cuantos se le acercan, y responde á los que le dirigen la palabra con humilde y sincera intencion? ¿Ni una sola vez en tanto tiempo de predicacion se le verá airado, alterado ó enojado por las impertinencias de los ignorantes, ó las ficciones de los malvados? ¡Ah! No: Jesus *ha tomado*

¹ Matth. cap. 16, v. 22.

² Joan. cap. 6, v. 71.

sobre sí nuestras enfermedades ¹, y con la misma mansedumbre sobrelleva las ignorancias de sus amigos y las malicias de sus adversarios, *no habiéndose hallado engaño en sus labios, pues cuando le maldecían, no maldecía; padeciendo, no amenazaba: mas se entregaba á quien lo juzgaba injustamente* ².

Llega á tal extremo esta mansedumbre, que parece que su rostro se ha vuelto durísima piedra ³, y que su alma ha caído en estado de imbecilidad ⁴; oprimido por un diluvio de oprobios, tratado como vil insecto, y vituperado como nadie puede imaginarse, no murmura contra el Padre que lo enviara; ni contra el linage humano, por quien paga lo que no debe; ni contra el pueblo infiel, que le da males por bienes, y odio por amor. Azotado con inaudita crueldad, arrastrado por las calles como un facineroso, y clavado en el madero con fiereza, aún tiene Jesus mano compasiva, para hacer un beneficio al sicario que lo ataca con mayor osadía ⁵, y voz suave, para consolar á las almas atribuladas que lloran por sus suplicios ⁶. Pero le falta el acento para quejarse: y no tiene acción para defenderse, diciendo en su Corazon que los azotes *han caído sobre él, sin saber por qué* ⁷, y que, *como manso cordero, es llevado á la muerte, sin decir nada*, como si ignorara á dónde lo conducían ⁸. Entre tanto, aquella alma encierra

¹ Isai. cap. 53, v. 4.

⁵ Isai. cap. 50, v. 7.

⁴ Amor tuus, et iniquitas nostra sic te fecit, bone Jesu, imbecillum. (D. Bernard. Serm. de Passion.)

⁵ Luc. cap. 32, v. 51.

⁷ Psalm. 34, v. 15.

² 1 Petr. cap. 2, vv. 22, 23.

⁶ Ibid. cap. 23, v. 28.

⁸ Jerem. cap. 11, v. 9.

en sí todos los tesoros de la Divinidad; y el cuerpo santísimo, que es el mas hermoso entre los hijos de los hombres, es de una sensibilidad proporcionada á la materia virginal y purísima, de que fue tomado, y á la perfección con que lo formó el Espíritu Santo.

¿Qué dolor no sufre Jesus en los azotes? ¿Qué tormento en las espinas? ¿Qué convulsiones en la crucifixion? ¿Qué amargura en tantas afrentas? ¡O mansedumbre inefable! Despues de haber padecido una noche y un día, despues de haber puesto en él sus manos sacrílegas mil enemigos, á cual mas encarnizados, quienes aumentan su furor, cuanto mas se prolonga el padecer, lejos de salir de los labios de Jesus una palabra de queja, brota de ellos un volcan entero de amor, suplicando á su Padre en alta voz que les perdone, pues no saben lo que se hacen. Esta es la queja, que el mansísimo Jesus reservaba para un juez inícuo, para unos enemigos implacables, para unos soldados brutales, y unos verdugos sin piedad. O Jesus mio, estoy confuso y anonadado, al ver tanta mansedumbre. El hierro horada tus manos, y el clavo taladra tus pies; y en vez de hablar de tus heridas y quejarte de las espinas, solo piensas en alcanzar gracia para tus perseguidores. ¡Cómo queda confundida mi arrogancia junto á tanta y tan divina mansedumbre!

EJEMPLO.

En nada se prueba mejor la mansedumbre de corazon, que en las humillaciones que nos vienen inopinadamente de los hombres: pues en las que nosotros elegimos, puede tener parte el amor propio,

queriendo adquirir gloria mundana, aun en los menosprecios. Preguntando un dia Santa Gertrudis al Señor qué cosa podria ella ofrecerle, que le fuese gratisima, contestó que lo que mas le agradaba, era la mansedumbre en sufrir las tribulaciones que se la presentasen. Por eso dice el Espíritu Santo, que *el horno prueba las vasijas de barro, y á los hombres justos la tentacion de la tribulacion* ¹.

PROPÓSITOS.

Si pretendemos entrar en la tierra de los vivientes, es preciso que seamos mansos de corazon, pues á estos solos se la promete Jesucristo ². Formemos, por lo tanto, la resolucion de no alterarnos por las contradicciones que nos susciten los hombres, ni descubrir las tribulaciones que suframos, sino es para pedir consejo á nuestros directores, ó por obedecer á nuestros superiores, recordando siempre que *en la soberbia tuvo origen toda perdicion* ³.

AFFECTOS.

¿Qué soy yo, ó Dios mio, sino polvo, ceniza, gusanos y hediondez? ¿Qué soy, sino un hombre lleno de iniquidades y abominaciones? Si pensara en mi miseria, hallaria en ella motivos para humillarme: mas la mansedumbre de Jesus debia hacerme bajar

¹ Eccli. cap. 27, v. 6.

² Matth. cap. 5, v. 4.

³ Job. cap. 4, v. 14.

hasta la nada. Humilladme, ó Señor, con vuestra mano poderosa; así aprenderé á guardar vuestra ley ¹.

Padre nuestro, etc., *como el primer dia*.

DIA XI.

Todo se dice como el primer dia hasta la siguiente

MEDITACION.

MISERICORDIA DEL CORAZON DE JESUS.

PUNTO PRIMERO. Es nuestro corazon naturalmente compasivo, y se conmueve al examinar de cerca las desgracias de nuestros semejantes; pero, por grande que sea nuestra piedad, y por muy inflamados que estemos en el fuego de la caridad divina, no nos es dado ejercitar la misericordia, mas que hasta donde alcanzan nuestras fuerzas: porque, si bien debemos amar á todos los hombres como á hermanos nuestros é hijos de un mismo Padre celestial ², ni podemos conocer las miserias de todos, ni tenemos medios para aliviarlas todas, siendo esto esencialmente propio tan solo de aquel que, siendo rico en misericordias, extiende por todas partes su Providencia y derrama sin cesar sus tesoros, quedando siempre indiviso su poder infinito: *la compasion del*

¹ Priusquam humiliarer, ego deliqui; propterea eloquium tuum custodivi. (Psalm. 118, v. 67.)

² Matth. cap. 23, v. 9.